



martes 21 de octubre de 2003

Opinión - Colaboraciones

Schwarzenegger y los políticos profesionales

Por EDURNE URIARTE. Catedrática de Ciencia Política en la Universidad Rey Juan Carlos

HAY contradicciones democráticas sorprendentes por el desparpajo con que se siguen exhibiendo y reivindicando. Muy especialmente, ésa del rechazo al político aficionado, es decir, al ciudadano que decide un buen día dedicarse a la política. Pienso en el caso Schwarzenegger, el último ejemplo notorio. Una de las críticas más repetidas que se le han hecho al nuevo gobernador de California es que no es serio que un actor pretenda convertirse repentinamente en gobernador, que es frívolo, que no tiene conocimientos, que no tiene capacidad. ¿Pero lo malo no era la profesionalización de la política? o, ¿no decíamos que cualquier ciudadano tiene las cualidades y el derecho a convertirse en representante político?

Como defiendiendo desde hace tiempo la necesidad y la bondad de la profesionalización de la política y lo hago en contra de las corrientes dominantes, no dejo de sentir cierto regocijo cuando observo a tanta gente atrapada en la trampa de la reivindicación, de facto, de la política profesionalizada. Es cierto que hay también otros ingredientes en el caso Schwarzenegger, a los que me referiré al final, como la política espectáculo, el poder del dinero, y la diferenciación que se hace entre actividades previas admisibles y no admisibles (entre éstas, protagonizar películas de acción). Pero el asunto central es el que es, es decir, si la aspiración a ocupar el poder de las instituciones está o no abierto a todos los ciudadanos.

La cultura política de las democracias incluye algunos principios y también alguna mentira que cuadra aparentemente con esos principios. El entusiasmo por la apertura sin límites de las responsabilidades políticas a cualquier ciudadano es una de esas mentiras. Y el problema no es sólo que haya mucha hipocresía en esa defensa, sino que suele ir acompañada de un rechazo de la profesionalización de la política y a la clase política en su conjunto. Consecuencias: una deformación de lo que es la auténtica actividad política y una degradación de la política como profesión.

Bastantes analistas e ideólogos utilizan irresponsablemente los elementos utópicos que contiene el principio del gobierno del pueblo y por el pueblo y defienden principios y objetivos absurdos en el funcionamiento real de las democracias. Por ejemplo, cuando admiran la democracia directa, como si de verdad existiera alguna posibilidad de que pudiéramos sustituir la democracia representativa; o cuando pretenden que todos tenemos la capacidad para gestionar y decidir sobre asuntos políticos.

La utopía anterior no sería mala si funcionara como dirección de desarrollo y mejora de la democracia. Pero el problema es que funciona sobre todo como base de cuestionamiento de la democracia representativa, de la política

profesionalizada, del papel de los partidos y de los políticos.

Es bien conocido el acusado rechazo que suscitan los líderes políticos en todas las democracias. Y esto se debe en buena medida a que son percibidos como demasiado alejados del ciudadano medio, amantes de los privilegios del poder y orientados más al mantenimiento de ese poder que al beneficio de los ciudadanos, es decir, como profesionales de la política que han hurtado a ésta de las inocentes y desinteresadas manos de sus votantes.

La figura de los políticos está tan desprestigiada que ni siquiera los propios políticos reconocen su actividad como una profesión, es decir, como un oficio que requiere de una especialización y que puede convertirse en la actividad laboral principal durante un considerable periodo de tiempo. ¡Y qué decir de la ambición o de la misma vocación! Como mucho, se afirmará que se desea luchar por unos ideales o dedicarse al servicio público. Y jamás se confesará que lo que uno quisiera es dedicarse a la política el resto de su vida.

En este terreno sí que mienten los políticos o los aspirantes a políticos. Y son prudentes, porque un mínimo de sinceridad los colocaría ante una difícil situación. Confesar la atracción por la actividad política está mal visto y pretender dedicarse a ella como una profesión se considera poco menos que insultante.

La verdad oficial es que la citada profesión política no existe y que los que se dedican a ella son gentes de dudosa honorabilidad que pasaban por ahí, que decidieron quedarse una temporada y que deberían comenzar a irse antes de empezar.

Pues bien, cuando surge de vez en cuando algún personaje como Schwarzenegger, es decir, un aficionado, alguien sin carrera ni experiencia política que se presenta repentinamente en el ruedo político, la reacción más habitual es la desconfianza o incluso el rechazo, es decir, ¿quién se ha creído que es para tener ese atrevimiento?

Es verdad que hay algunos otros elementos en las críticas a Schwarzenegger (dejemos a un lado las repentinas denuncias de asuntos conectados confusamente con el acoso sexual), por ejemplo, el poder del dinero. Pero estamos de nuevo en lo mismo. Porque si rechazamos la política como una lenta carrera a través de las maquinarias de los partidos o de los escalafones institucionales, sólo nos queda esto. No se crean y lanzan líderes políticos en la plaza de un pueblo y con un megáfono.

Y respecto a las profesiones previas tolerables desde la dignidad de la política, es curioso este rechazo al tipo de cine que ha hecho este actor. Porque, según esa lógica, habría un importante número de actividades, poco profundas y sofisticadas, que incapacitarían notablemente para la política. Y de nuevo la pregunta, ¿no tenemos todos los ciudadanos el mismo derecho?

En cuanto a la política como espectáculo, es verdad que es preocupante. Pero lo es más cuando se utiliza para ridiculizar la política. Y esto es práctica habitual de una parte del periodismo y del mundo intelectual para quien todo vale cuando se trata de denigrar la dignidad de la actividad y de la profesión política.

Si lo que se quiere son políticos experimentados y con una gran preparación y una actividad política respetada es necesario un profundo vuelco en las concepciones dominantes sobre la política democrática. Porque mientras no exista un reconocimiento de la necesidad de profesionales de la política y, además, un respeto hacia esa actividad-profesión, nadie podrá poner la más mínima crítica ni a Schwarzenegger ni a cualquier otro recién llegado, venga de donde venga y tenga pocos o muchos conocimientos. O estamos en una cosa o en la otra. Y todo eso, sobre el fondo de un reconocimiento de las consecuencias necesarias de la democracia representativa que tampoco existe aún en numerosos sectores.